

LA INTERVENCIÓN FRANCESA Y EL IMPERIO EN LA PRENSA URUGUAYA

SELVA LÓPEZ CHIRICO
Montevideo, Uruguay

CASI ES INNECESARIO ADVERTIR a lectores latinoamericanos que no es la masa popular la que allí se expresa, sino un pequeño grupo cultivado intelectualmente. En el Montevideo de 1862, la actividad periodística ni siquiera es el patrimonio de la clase alta (complejamente integrada hacia esa época), sino de uno de sus sectores urbanos. La prensa obrera no existe aún. Son escasas minorías de las clases alta y media las que monopolizan el periodismo y ellas se dirigen a los mismos sectores sociales de los cuales provienen. En cuanto al volumen de la prensa periódica, alcanza hacia esa época magnitudes nada inferiores a las actuales, si se tienen en cuenta índices de población y alfabetización.¹ Como rasgo característico, destaca la extrema europeización; abriendo un periódico al azar, encontramos crónicas tomadas de publicistas del viejo continente, principalmente franceses, novelas traducidas, correspondencia de París, Madrid y Londres remitida por corresponsales orientales o exhibiendo la firma de figuras de mundial renombre, como Emilio Castelar; traducciones completas de piezas oratorias de políticos famosos del momento, especialmente liberales, como Jules Favre. América aparece, pero ocupa un lugar de menores proporciones y con frecuencia llega vía Europa. Entre las personalidades americanas que firman artículos, el chileno Francisco Bilbao es el más fre-

¹ Carlos REAL DE AZÚA, "Los clasicistas y los románticos", *Capítulo Oriental*, n. 5, p. 77. Montevideo, 1968.

cuentado y más atendido por los publicistas criollos. Los países sudamericanos del Pacífico, además de Argentina, proporcionan la mayor parte del material informativo acerca de América. Parece no haber existido una relación directa con México, por lo menos hasta el momento de la intervención; más tarde aparecen menciones bastante frecuentes al periódico mexicano "La Revolución"; el grueso de las noticias referentes a la cuestión mexicana, llega vía Europa, La Habana o países del Pacífico.

En cuanto al material utilizado, fue extraído de catorce periódicos editados en Montevideo entre 1862 y 1867, de los cuales uno solo cubre la totalidad del período estudiado.² Los seleccionamos según criterios de mayor difusión, representatividad de diversos núcleos de opinión tomando en cuenta las facetas del problema mexicano (ej.: católicos, pro-masónicos) y expresión de residentes extranjeros (franceses principalmente). Como procedimiento metodológico, tratamos de perseguir la incidencia de la posición política nacional e internacional, religiosa, etc... en la apreciación de los sucesos mexicanos. En cuanto a la frecuencia de aparición de las noticias y editoriales, cabe aclarar que la máxima se da desde la entrada de las fuerzas coaligadas hasta la de Maximiliano; al "climax" se llega en el momento de la defensa y caída de Puebla. Posteriormente, México sufre un eclipse en la prensa uruguaya, al punto de que el imperio aparece desdibujado. La razón fundamental del hecho radica, a nuestro juicio, en que la atención del periodismo se ve completamente absorbida por la guerra del Paraguay. La cuestión mexicana sólo vuelve a acaparar la atención del público cuando aquélla llega a su trágico desenlace con las ejecuciones de Querétaro.

Del plan del trabajo, sólo queremos decir que fue surgiendo naturalmente de la consulta de la prensa según los criterios antes expuestos. Intercaladas en el texto, menudean las transcripciones, de las cuales hicimos un abuso consciente, prefi-

² En 1865 triunfa una revolución en contra del gobierno constituido: dejan de aparecer algunos periódicos y salen otros.

firiendo acercar al lector mexicano la frescura del documento virgen, la palabra muchas veces románticamente exaltada que un momento crucial de su historia suscitó en el distante Uruguay: En suma, tratamos de que México pueda, en esta ocasión, "mirarse" en el Uruguay. América debe reflejarse en América, si quiere convertirse en nación. Y el reflejo debe ser perseguido, aunque sólo nos devuelva la imagen de la dependencia colonial. Mejor aún, "para" que ello ocurra, ya que solamente en la medida en que el pasado se haga consciente será posible superarlo.³

EL URUGUAY EN LA DÉCADA DE LOS SESENTA

Allá por el mes de julio de 1863, la prensa montevideana vibra unánime ante la heroica defensa y posterior rendición de Puebla a los franceses. Periódicos oficialistas y opositores, ultramontanos y masones, prodigan editoriales elogiosos para los defensores de la República contra la Monarquía, de la soberanía nacional contra la invasión extranjera, del derecho contra la fuerza, de la causa americana contra las pretensiones europeas. Las rencillas internas, las más agudas contradicciones políticas, religiosas y filosóficas parecen esfumarse cuando se trata de juzgar la cuestión mexicana, que en ese momento conmovió al mundo.

¿Cuál es el Uruguay que sustenta esa reacción simpática para el país americano amenazado en su independencia? ¿Qué profundidad y alcances tiene esa conmoción nacional? ¿Cuáles son los matices que jalonan la actitud de la prensa uruguaya frente a la aventura francesa en México y cuál el contexto mental que los explica? Dar respuesta a estas preguntas, supone la necesidad de un bosquejo, aunque sea esquemático, del Uruguay contemporáneo de la intervención y el imperio en México.

³ Premisa hegeliana desarrollada en relación con Hispanoamérica por Leopoldo ZEA, en *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*. El Colegio de México. México, 1949.

El Uruguay de la década de los sesenta vive el comienzo de una nueva etapa histórica. El período colonial, prolongado hasta entonces en las estructuras económicas, sociales y políticas, es removido a impulsos de la penetración capitalista, cuyo resultado inmediato es la anexión más estrecha a los mercados europeos con todas las consecuencias que hecho tan significativo encierra. La estampa ganadera del país perdura, pero la estancia cimarrona y criolla comienza a ceder paso a un modo de explotación en que ya no se deja todo librado a la naturaleza. El espíritu empresarial, personificado en algunos inmigrantes de apellido anglosajón, irrumpe en el campo uruguayo introduciendo la mestización ganadera y los primeros ovinos de raza, cuya difusión es rápida ante la expansión promisoría del mercado europeo. Al mismo tiempo, el telégrafo y el ferrocarril dan sus primeros pasos, anunciando la cercana época en que facilitarán la succión de la riqueza agraria del país hacia las lejanas metrópolis europeas.

Pero esos atisbos de modernización no bastan para ocultar la faz tradicional que aún conserva el territorio; éste mantiene su peculiar estilo de vida que se niega a abandonar y que impone un "rechazo instintivo y vital a los trasplantes extranjeros".⁴ Más bien la penetración del progreso parece ahondar la distancia entre ciudad y territorio existente desde los primeros tiempos coloniales. El alud inmigratorio que acrecienta sin cesar la población del pequeño país (221.248 h. en 1860), se concentra fundamentalmente en Montevideo, al punto de que durante esa década los extranjeros casi equilibran a la población criolla en la ciudad capital, y ella encierra más de un 25% de la población total.⁵ La tendencia señalada tiende a aumentar en el correr de la década, incrementando el aspecto de moderna Babel de la ciudad puerto volcada hacia afuera y con los ojos puestos en Europa. A la europeización

⁴ O. BRUSCHERA, *Enciclopedia Uruguaya*, n. 17, p. 125. Montevideo, 1968.

⁵ Juan Antonio ODDONE, *La formación del Uruguay moderno*, EUDEBA, 1966.

espontánea que sucede al ingreso de los inmigrantes, súmase la que acontece a raíz de la adopción de los patrones culturales europeos por parte de la élite doctoral ciudadana, usufructuaria principal de la vinculación con el mercado mundial. "A ella... débese la sujeción al europeísmo y en general a la influencia extranjera que ha de signar, para bien y para mal, la futura patria uruguaya. Es en definitiva su concepción de la civilización por obra de la aportación extranjera la que concluye modelando la sociedad, sometiendo, o destruyendo, los elementos hostiles, de tipo tradicionalista".⁶ Pero en la década de los sesenta esos elementos hostiles son parte de un complejo social vivo y actuante, que se manifiesta antitético a la ciudad europeizada y comercial, depositaria de todos los factores "civilizadores" (a juicio de la intelectualidad de la época), al contrario de campo sumido aún en la "barbarie" heredada de la colonia.

La ciudad ejerce su predominio a través del Estado, patrimonio exclusivo del viejo patriciado de raigambre colonial, terrateniente y mercantil, a punto de ser desplazado por nuevos grupos empresariales de origen inmigratorio. Aquel grupo controla los dos grandes partidos tradicionales, aun inorgánicos y personalistas; pero no lo logra sin valerse del caudillo, único nexo posible entre campo y ciudad, elemento capaz de movilizar a la masa gaucha a la que el "doctor" de la ciudad no tiene acceso, para ponerla al servicio de las luchas internas de la oligarquía dominante. A veces, el descontento de las clases inferiores contra los señores de la tierra se agudiza y provoca la fusión estrecha de los grupos oligárquicos, unidos por encima de las fronteras partidarias en la defensa de sus privilegios. Las guerras civiles que tanto conmovieron al siglo XIX uruguayo se rigen por esas coordenadas. El corolario de esa situación interna es la carencia de un Estado verdaderamente nacional; el poder aparece escindido y el gobierno residente en Montevideo no controla la totalidad del territorio. La soberanía nacional se resiente de esa situación: los

⁶ Angel RAMA, "El mundo romántico", *E. Uruguaya*, n. 20, p. 199. Montevideo, 1968.

partidos en pugna no vacilan en llamar en su auxilio a sus aliados de los estados vecinos, en una época en que las líneas divisorias de la Patria Grande aún no se marcaban con nitidez. Brasil, Argentina y Uruguay entrelazan sus políticas internas hasta el epílogo trágico de la guerra del Paraguay. A la influencia de los países vecinos, se suma la que Francia e Inglaterra ejercen apoyando sus aspiraciones con la escuadra.

Esa realidad política descrita transcurre casi en completo divorcio con las ideologías políticas inspiradoras de la clase dirigente; al margen de las mismas. El liberalismo es la doctrina esgrimida por los políticos patricios, pero la realidad muestra muy poco liberalismo efectivo. Baste como ejemplo la escasa representatividad que tiene el acto eleccionario: en 1887, en que las elecciones fueron particularmente puras, el porcentaje de votantes alcanzó solamente al 5% de la población total. Calcúlese lo que ocurriría dos décadas atrás.

Sin embargo, el grupo dirigente y usufructuario del poder se dice y se siente liberal. Esta ideología impregna todo el siglo. Al Uruguay del siglo pasado es legítimamente aplicable el juicio de Francisco López Cámara, según el cual “el liberalismo en cuanto tal no constituyó propiamente una determinada filosofía ni mucho menos un programa político concreto. Hubo, es cierto, sistemas filosóficos de raigambre exactamente liberal, y diversos proyectos políticos de la misma inspiración y hasta hubo determinados sistemas filosóficos que tuvieron traducciones políticas programáticas. Pero el liberalismo fue algo más que todo eso: fue, por así decir, la atmósfera general, el ambiente, el clima ideológico en que se nutrieron no sólo todos esos programas políticos y filosóficos; sino aun la ética personal y la conducta doméstica de cada individuo”.⁷ Junto a esto se da una verdadera “institucionalización del cambio”⁸ a través de la adopción de la ideología liberal; se puede ostentar una conducta más o menos liberal, en los he-

⁷ FRANCISCO LÓPEZ CÁMARA, *¿Qué es el liberalismo?*, citado por Claps, *E. Uruguaya*, n. 27 p. 133. Montevideo, 1968.

⁸ El sociólogo uruguayo Aldo SOLARI, en su obra *El desarrollo social*

chos, pero nadie osa declararse a sí mismo conservador, salvo algún caso que por lo aislado raya en lo patológico. El liberalismo es la ideología del progreso y significa una toma de posición contraria a él declararse conservador. Es esclarecedora en cuanto a ese rasgo nacional la posición asumida frente a la cuestión mexicana por la prensa católica. Ella adopta las mismas posiciones que los liberales de pura cepa y publica los escritos de Emilio Castelar. Y el hecho adquiere más significación aún si se tiene en cuenta que en la década de los sesenta el catolicismo uruguayo vivió su primera crisis interna seria; el catolicismo liberal, tendencia unánime hasta entonces, se ve desgarrado por la pugna entre los católicos de tendencia masónica y los de orientación pro-jesuítica. El proceso, que da sus primeros frutos institucionales en una serie de secularizaciones practicadas por el presidente Berro, católico él mismo, evoluciona más adelante hacia el enfrentamiento de catolicismo y racionalismo, cuando ya se ha producido el ingreso de éste al país, al compás de la influencia destacada del chileno Bilbao. "El racionalismo teísta, propio del catolicismo masón, sujeto todavía a la revelación bíblica, abre así el camino al racionalismo deísta de la religión natural, llamado a florecer en los próximos años".⁹

La clave de esa adopción incondicional del liberalismo hay que buscarla en el predicamento de que gozó entre nosotros todo lo europeo¹⁰ durante el siglo pasado; fue una de las fases

del Uruguay en la posguerra, Ed. Alfa, Montevideo, 1967, p. 104, escribe: "El cambio es altamente valorado en el Uruguay. Ningún partido político, ningún movimiento ha osado, no osaría llamarse conservador. Este y otros hechos muestran que la adhesión al cambio ha sido institucionalizada. Este fenómeno es uno de los rasgos típicos de la modernización y vale la pena subrayar que es relativamente antiguo en la sociedad uruguaya, en tanto que muchas sociedades latinoamericanas están accediendo recién a él."

⁹ Arturo ARDAO, *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*, Universidad de la República, Montevideo, 1963, p. 157.

¹⁰ En el Uruguay, la influencia cultural europea se ejerció fundamentalmente a través de Francia. Desde la Guerra Grande se produjo la vinculación de la Francia orleanista con los círculos antirrosistas resi-

de la modernización, que en América Latina fue sinónimo de incorporación dependiente a la Europa capitalista. El hecho esencial de la dependencia explica las principales limitaciones de esa mentalidad colonial; las élites criollas que usufructúan la intermediación con el capitalismo europeo, importan las ideologías foráneas que identifican con la civilización; pero "ese stock" jurídico y político compuesto de todas sus piezas, que servirá para crear una ficción de aquella sociedad rica y evolucionada... que no puede funcionar por sí mismo, pues ese sistema ha dejado su mecanismo, su cuerda, su fuerza motriz ne Europa..."¹¹ La fuerza motriz era la burguesía europea, en plena expansión de sus fuerzas, su instrumental ideológico, el liberalismo, perdía gran parte del significado y posibilidades al ser esgrimido por los grupos dirigentes coloniales, apenas intermediarios entre la realidad agraria del terruño y los centros industriales dinámicos de la metrópoli.

El resultado de esa alienación europeizante, fue la escisión de las minorías dirigentes con la realidad del propio ambiente social americano, la reducción a esquemas simplistas de esa misma realidad y la aplicación muy limitada de los principios predicados por la doctrina liberal; principios a los cuales, por otra parte, se rendía un culto casi religioso. La falaciosa antítesis de "civilización o barbarie" acuñada por Sarmiento en la Argentina, tuvo su vigencia en el Uruguay, fundada en los mismos intereses y estructuras mentales. Lo bueno es lo europeo y

dentes en Montevideo; además, desde esa época data la poderosa influencia de la colonia francesa en el Uruguay; en cuanto a la preponderancia de la cultura francesa en el resto del continente, nos dice Ardao: "Toda la agitación racionalista en América en el tercer cuarto del siglo pasado, en torno a la figura central de Bilbao, está regida de cerca por el proceso francés. Francia era para la generación romántica y latinoamericana, la metrópoli espiritual. La doble reacción política y clerical en que Francia cae bajo Napoleón III, conmovió intensamente a América, en especial cuando la aventura de Maximiliano en México." Arturo ARDAO, *Liberalismo y racionalismo en el Uruguay*, p. 92. Universidad de la República, Montevideo, 1963.

¹¹ Jorge Abelardo RAMOS, *Historia de la nación latinoamericana*, Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, p. 364.

lo malo es lo criollo. Ese escepticismo respecto a los valores nativos, se funda ciertamente en la necesidad de mantener la hegemonía para el grupo terrateniente dominante. Y es ahí donde se quiebra las alas el liberalismo de la *intelligentsia* autóctona; donde pierde sustancia y se vuelve sólo un molde sin contenido. Se tiene una fe ciega en la República, pero sólo un 5% de los ciudadanos ejercen el derecho de voto; se abomina de los déspotas, pero no se tiene a mal el apoyo de corte netamente conservador a los “gobiernos fuertes”;¹² se predica contra la pena de muerte, pero no se vacila en cometer los más horrendos crímenes siempre que ellos ayuden a combatir la “barbarie” criolla, a la cual precisamente se enrostran desmanes de ese tipo; en fin, se repudia la intervención extranjera en los asuntos internos de una nación hermana, pero se recurre a ella con más frivolidad de la esperada en principistas tan acendrados. Y lo curioso es que esa ambivalencia en la aplicación de la ideología no hiere en absoluto la fe principista, sostenida con el romántico apasionamiento de que sólo fue capaz el siglo XIX. El doctor Ardao la define más que como una escuela política, como “un temperamento, fundado en la afirmación dogmática del liberalismo constitucionalista y en la rigidez absoluta de la moral cívica, sobre un fundamento filosófico espiritualista. Los principios de que se trata no eran otros que las libertades públicas y los derechos individuales. Con los ojos puestos en una república ideal, la república del derecho natural y de la razón pura (el estado individualista del 89) se establecía la abstracta identificación entre la moral y la política, oponiéndose de un modo tajante en la escena histórica el bien y el mal. El bien era la libertad en todas sus expresiones, políticas, sociales, económicas, religiosas, educacionales; el mal era el despotismo”.¹³

Los hombres que así piensan y obran, la llamada “genera-

¹² Carlos REAL DE AZÚA, “Pensamiento y literatura en el siglo XIX; las ideas y los debates”, *Capítulo Oriental*, n. 8, p. 112. Montevideo, 1968.

¹³ Arturo ARDAO, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, U. de la República, Montevideo, 1968, pp. 51-52. Universidad de la República, Montevideo, 1968.

ción del 50" (adelantada del principismo que dará sus mejores frutos después del 70), controlan la prensa y la opinión pública en la década de los sesenta. Son ellos los que en 1863, aclaman con fervor el heroísmo de los mexicanos en Puebla.

VACILACIONES INICIALES DE LA PRENSA ANTE LOS RUMORES INTERVENCIONISTAS

En 1863, la cuestión mexicana ya hacía un año que acaparaba la atención de la opinión uruguaya. Durante ese lapso de tiempo, se produjo una evolución marcada en la prensa montevideana; en el primer momento, cuando comienzan a llegar las noticias de la coalición europea contra México, la actitud general es vacilante, aunque matizada de diversas formas. Las posiciones van desde una prudente prescindencia en la toma de partido (con el pretexto de hacer verdadero periodismo dando a conocer todas las opiniones sobre el asunto), hasta una inicial y apresurada adhesión a la causa intervencionista. De ésta fue necesario apearse casi de inmediato, no bien comenzaron a llegar noticias más abundantes sobre los sucesos. De las razones que aducen los que justifican la intervención, surge no sólo la visión que se tenía de México por estas latitudes, sino los valores en nombre de los cuales se piensa en aquélla como benéfica.

La guerra civil continúa asolando la mayor parte de los Estados. ¡Infortunada República! La gran cuestión, la cuestión que subordina y domina a todas las otras, es la de pacificación; porque con paz tendría ella industria y comercio y rentas, y con éstas, los medios de pagar la deuda exterior y la interior y los empleados, las tropas, etc. . . , y cuando la intervención europea le ofrece hoy el medio auxiliar más propio, más oportuno, más expedito y eficaz para que, obrando en armonía y de consuno, los plenipotenciarios europeos con el gobierno de México, se llevase a cabo en pocos días esa obra magna y anhelada y fructífera de la pacificación, fortaleciendo y vigorizando en México el principio de autoridad, hoy escarnecido y aniquilado, mediante la creación de un verdadero gobierno, digno de ese nombre, hay personas bastante imprudentes y bastante funestas para rechazar el bien de ese saludable

influjo; ese auxilio poderoso que allí envía la Europa está destinado a operar en aquella nación, digna de mejor suerte que la que hasta aquí le deparan sus torpes o malos hijos! Acoja ella, como debe, con los brazos abiertos, a las potencias de Europa, que no se proponen conquistarla, ni dominarla, ni explotarla . . . Sólo así logrará salvarse de la ruina que la preparan sus falsos amigos, sus hijos espúreos y desnaturalizados! No pierda de vista que México no tiene otro porvenir venturoso que el que reconozca por base y por punto de partida su amistosa alianza con la España. . .¹⁴

De México se veía por aquí sólo la anarquía y en nombre del principio de autoridad, tan caro a los liberales de entonces como ya se explicó más arriba, no sólo se disculpa la intervención, sino que se le considera la panacea de los males que aquejan a la infortunada República, cuya existencia algunos hasta ponían en duda. En 1863, un corresponsal uruguayo en Europa encabeza un artículo sobre la tarea regeneradora que cumple la guerra en México, con el siguiente juicio: "México no es más que una grande extensión de territorio con poca población relativa, que nunca ha logrado formar un cuerpo social; y por duro que parezca, allí no hay cosas, sino los nombres de ellas, políticamente hablando; ahí hay un ministro de Justicia y no hay justicia; hay un ministro de la Guerra y no hay ejército; hay un ministro de Marina y no hay buques; y por último, hay uno que se llama Presidente de la República y no hay República".¹⁵

El clamor de la prensa uruguaya por el afianzamiento en México del tanpreciado orden burgués, se ve acentuado por la inclusión de determinadas notas; por ejemplo, la declaración de los comerciantes de la lejana Hamburgo ligados a México por negocios, en la que éstos hacen votos para que la intervención "cuyo fin fue restablecer la tranquilidad y el orden" sea corta, cosa que a juicio de los declarantes, depende fundamentalmente de la buena voluntad del gobierno mexicano para transar.¹⁶

¹⁴ *La Prensa Oriental*, 6 de marzo de 1862.

¹⁵ *El Siglo*, 9 de mayo de 1863.

¹⁶ *El Comercio del Plata*, 7 de febrero de 1862.

Otro rasgo de esos primeros editoriales sobre el México intervenido, es la susceptibilidad que demuestran ante la actitud asumida por los mexicanos respecto a los extranjeros, principalmente los residentes españoles. Menudean las afirmaciones de respeto, protección y simpatía que se profesa a los extranjeros en el Plata. Simpatía cuya vivacidad es indudable en algunos sectores europeizados, pero que está muy lejos de ser universal en el Uruguay de los sesenta, donde una mentalidad criolla tradicional en retirada ante el cambio de estructuras impuesto por la extranjerización se defiende adoptando una actitud de rechazo a lo europeo. Pero España es otra cosa. "Era como si lo español no formara parte de lo europeo, pues no se lo sentía como totalmente ajeno".¹⁷

Sin embargo, el conjunto de consideraciones desfavorables a México no alcanzó a oscurecer del todo la gravedad de lo que la intervención europea representaba.

... todos los desaires, todos los desdenes, todo el menosprecio, los insultos, las persecuciones que la bandería dominante en México hace sufrir hoy a la España y a los españoles que allí residen, no serán parte a separarnos, ni por un instante, de la moderación que nos impone el deber en momentos tan críticos para México.

Además, Juárez no es la nación, ni tampoco el hombre que pueda personificarla. . . De esperar es, pues, que estas gentes, verdaderas calamidades para aquella República, quedarán al fin descartadas, eliminadas de la escena, y que la cuestión se arregle pacífica y amistosamente, entre la verdadera nación mexicana por medio de sus órganos genuinos, y los representantes de las potencias aliadas. . .¹⁸

Un juicio apresurado y violento contra Juárez y su partido, la esperanza manifiesta en un arreglo pacífico, tratan de conciliar en la posición del periodista la simpatía evidente por la colonia

¹⁷ Silvia RODRÍGUEZ VILLAMIL, *Las mentalidades dominantes en Montevideo*, p. 53. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1968.

¹⁸ *La Prensa Oriental*, 6 de marzo de 1862.

española en dificultades y la menos explicitada por la nación víctima de la intervención extranjera. Por encima de los matices varios con que es enfocada la cuestión mexicana a principios del año 1862, hay algo común a toda la prensa: el desconocimiento de México y sus problemas que ésta evidencia.

El tema del arreglo pacífico fue muy desarrollado por el periodismo montevideano. La ciudad puerto estrechamente unida a Europa por los intereses y por la sangre esperó ansiosamente una solución sin guerra que obviara una opción difícil. Por eso, cuando comienzan a llegar noticias sobre conversaciones diplomáticas en busca de una solución, las esperanzas de la prensa se despliegan. Sorprende la credulidad, auténtica o impostada, ante las promesas de los coaligados.

¿No ha dicho la España, la Inglaterra y la Francia que no van a México a conquistar, sino a reivindicar sus derechos, a pedir justicia para sus nacionales?¹⁹

Aunque siga la intervención hasta que queden satisfechas las demandas de las potencias aliadas, es sin embargo un gran resultado el que se ha obtenido de que ellas hayan hecho una protesta pública y ante la faz del mundo, de que respetarán en aquella república la forma y las instituciones democráticas que han creado por la voluntad del pueblo.

El feliz éxito que tendrá probablemente la cuestión mexicana, ha sido debido en gran parte a la franqueza y a la energía con que la prensa Sudamericana protestó unánimemente en nombre de los pueblos que representa contra toda pretensión monárquica que es ajena a su modo de ser, a sus intereses y a sus tradiciones.

Pero más especialmente se ha alcanzado la solución pacífica por la actitud vigorosa asumida por el Gobierno del Presidente Juárez que sin intimidarse ante el poder colosal de tres grandes naciones, ha demostrado una vez más con su decidida resistencia, que hasta los poderosos saben respetar a los débiles cuando no abdican su dignidad.

No es menos plausible otro resultado no menos grande que se deriva del modo con que se ha resuelto la cuestión, y es que la declaración de las potencias aliadas constituye una garantía para el porvenir y es una nueva afirmación de

¹⁹ *La República*, 19 de marzo de 1862.

que ha pasado para siempre el tiempo de las conquistas por medio de la fuerza; que las naciones son iguales ante la razón y el derecho, y que los cañones rayados son impotentes ante la justicia de los pueblos.²⁰

Desde los editoriales anteriormente transcritos a éste, ha mediado la aparición de las primeras correspondencias de Emilio castelar sobre el problema mexicano, los discursos de los liberales franceses, las cartas de los corresponsales orientales, los rumores de que Europa quería monarquizar a América, la presión militar de Francia e Inglaterra sobre Uruguay para cobrar una indemnización de guerra. La conciencia liberal que identificaba régimen monárquico con retroceso a la colonia, se irguió airada contra las pretensiones europeas y Juárez pasó, de calamidad nacional a defensor de la República. Pero en las frases anteriores campea una fe dieciochesca y racionalista en la fuerza de la justicia, la igualdad y el derecho para resolver los conflictos, que los hechos posteriores se encargarían de desautorizar. En el mismo mes de marzo de 1862 a que pertenecen los artículos anteriores, la gran mayoría de los periódicos ya se han pronunciado decididamente condenando la intervención.

UNANIMIDAD DE LOS PRONUNCIAMIENTOS ANTINTERVENCIONISTAS

En marzo de 1862 aparece en varios periódicos uruguayos la traducción de un artículo de Alfredo Marbais du Graty sobre la cuestión mexicana. Marbais era un coronel de origen belga que había servido muchos años en el ejército argentino. En la presentación que hace la prensa de su artículo, se elogia que a pesar de ser europeo, siga sintiendo como americano. El enfoque que el belga hace de la cuestión da la tónica general de las argumentaciones que seguiría la prensa montevideana; sin duda alguna, lo que más se destaca en los primeros artículos

²⁰ *El Comercio del Plata*, 13 de abril de 1862.

que encierran declaraciones abiertamente anti-intervencionistas, es una defensa de la soberanía en nombre del republicanismo ofendido por los proyectos monárquicos europeos. Parecería como que la opinión pública se ensibilizó en contra de la intervención cuando la República se vio amenazada. No aparece en la prensa de la época un enfoque claro del principio de libre determinación, realizado independientemente de la forma de gobierno afectada.

Du Graty había dicho: "Parécenos que las potencias aliadas no tienen que ver si México podría permanecer más tranquilo y ser más feliz bajo un gobierno monárquico, y si el comercio y la inmigración ganarán con ello. Es únicamente el pueblo mexicano el que tiene el derecho de examinar tales cuestiones y su examen y determinación no deben estar sujetos a ninguna coacción extraña. El pueblo mexicano no puede deliberar con dignidad sobre el cambio de forma de su gobierno en presencia de las bayonetas extranjeras, que ya se le ofrecen para sostener durante diez años la futura monarquía mexicana".²¹ En los diversos artículos publicados por la prensa montevideana aparecidos hacia la misma fecha que el anterior, la defensa de la autonomía que realiza Du Graty se da aún mucho más nítidamente ligada a la agresión anti-republicana de que son culpables las potencias interventoras; esos escritos historian la evolución de México, donde nunca "prendió" la monarquía desde que ese pueblo se hizo dueño de su destino y afirman que a las naciones del Nuevo Mundo, sólo "las instituciones republicanas harán grandes y felices"; la monarquía fue sólo conocida en "las que hoy son Repúblicas Americanas por los frutos ingratos de la colonia", que todavía tienen gérmenes en nuestro atraso".²² La identificación de progreso con república y atraso con monarquía, tan cara a la mentalidad liberal del siglo XIX, es común a todos los alegatos en contra de la intervención. Como prueba máxima de la unanimidad de ese enfoque, basta leer lo que se escribió en *La Revista Católica*, órgano oficial de la curia, pro-

²¹ *La República*, 22 de marzo de 1862.

²² *La Prensa Oriental*, 25 de marzo de 1862.

jesuítico en los conflictos religiosos antes reseñados y por lo tanto ultramontano. Refiriéndose a “los que sostienen la singular idea de que la Francia debe ir a México a dar protección a un partidario (que llaman el pueblo de México) para que exprese libremente su voluntad”, dice:

Olvidan que si en México existe una nueva mayoría, como lo suponen, que quisiera establecer la monarquía, ya se habría establecido, mientras que lo contrario es lo que ha sucedido; el pueblo se ha levantado siempre en masa contra los que han pretendido llevar a cabo tales proyectos. Tiempo hace que el pueblo mexicano se dio un gobierno propio y acepta la forma republicana...²³

Dos meses antes de que viera la luz el escrito anterior, *La Prensa Oriental*, periódico de orientación masónica cuya posición inicial respecto a la cuestión mexicana ya fue tratada, toma partido por México en un editorial violentamente antijesuítico. Atribuye a la influencia perniciosa del clero la guerra civil y todos los males que aquejan a la República, para concluir aseverando que “si nos fijamos en el candidato que se menciona para el nuevo trono...

...llegamos a sospechar alguna trama, alguna infidencia de la teocracia contra la independencia de México; porque no podemos persuadirnos que el espíritu de independencia de los mexicanos pueda nunca pretender la ignominia de entregar la patria de sus mayores al dominio de un país extranjero. Si en el libro misterioso del destino estuviese escrito que México habría de contar traidores al sistema Republicano que halagasen con un trono en su seno a alguna dinastía, dudamos que se encuentren en los hombres del pueblo, ni en sus clases iletradas, ni en los que ejercen la autoridad pública, ni en los que ciñen una espada para sostener la República.

La abyección y la perfidia sólo pueden hallarse en el jesuitismo y sus hechuras.²⁴

²³ *La Revista Católica*, 3 de julio de 1862.

²⁴ *La Prensa Oriental*, 10 de abril de 1862.

Cupo al mismo periódico la publicación del único atisbo de interpretación clasista de los planes para monarquizar a México. Cuando comenta la iniciativa de Gutiérrez de Estrada, dice: "El proyecto del señor Estrada ahora halló la aprobación de algún gabinete europeo y de algunos ricos entre los mexicanos que de cierto serán tan buenos ciudadanos como el señor Estrada". Y culmina... "Conque hace veinte años que se prepara la monarquía. Oh, ¡jesuítas, jesuítas!..."²⁵

No encontramos expresada en la prensa de la época ninguna defensa del partido clerical y monárquico en México; en párrafos anteriores queda probado que los órganos oficiales del clero se pronunciaron por la república. (En realidad, la diferencia entre la prensa clerical y liberal respecto a la cuestión mexicana está más en lo que aquella ignora que en lo que ambas dicen.) Pero, por supuesto, eso no significa de ningún modo que el partido clerical mexicano haya carecido de adherentes en Montevideo; en el reducido ambiente provinciano del pequeño puerto, impregnado de fervor republicano, la voz aislada de un cura que predicó un sermón contrario a México tuvo una resonancia inusitada; no sabemos los términos exactos en que planteó la cuestión pero lo cierto es que sus palabras merecieron una respuesta en forma de editorial en el periódico *El Siglo* (liberal y masón), en el cual la culpa del presbítero Estrázulas se extiende a todo el clero de América, no sin cierta injusticia, como queda probado por las transcripciones anteriores.²⁶

Sólo el clero en América puede aplaudir el triunfo de Napoleón sobre el pueblo mexicano, y sólo un sacerdote puede ver en el martirio de ese pueblo, una señal de la cólera divina, provocada por la despreocupación con que combate el ultramontanismo.²⁷

Infelizmente, los dos periódicos que respondían a una orientación católica dejan de aparecer en el año 1862, por lo cual no

²⁵ *Ibidem*, 24 de julio de 1862.

²⁶ El pronunciamiento de *La Revista Católica* por la República ya había aparecido hacía alrededor de veinte días.

²⁷ *El Siglo*, 31 de julio de 1863.

nos fue posible seguir la evolución de la opinión de ese importante sector religioso a propósito del caso mexicano. Sin embargo, más adelante volveremos sobre el tema.

La atención de los publicistas interesados en la cuestión mexicana, pronto encontró la fisura jurídica por la cual atacar a las potencias interventoras; ella fue la violación en América del principio de no intervención vigente en Europa en ese momento. Los periódicos más importantes revisan prolijamente las argumentaciones más difundidas para justificar la asonada contra México y las refutan.

Pero en derecho, ¿cuál es la razón para violar en América el principio proclamado en Europa, el principio de no intervención? No lo hay. Se habla mucho por estos mundos de las constantes revoluciones de esos jóvenes estados: desgraciadamente es cierta la acusación; pero la Francia, la Inglaterra, la España con sus siglos de existencia ¿están exentas de desórdenes, han servido de ejemplo a las naciones que, contando pocos años de vida propia, están en la época laboriosa de su constitución política y social?²⁸

La idea divulgada por la prensa oficialista francesa de “tomar México para que este no sea absorbido por los Estados Unidos”, o la explicación de la asonada en términos de política europea (México como una compensación dada a Austria por la pérdida del Véneto), merecen por parte de la prensa uruguaya un categórico rechazo. Se dice: “no hay razón para emancipar a un pueblo a costa de la independencia de otro”. . . En cuanto a la manida excusa de la protección de los connacionales, se concluye que éstos gozan de prerrogativa leoninas en América, muchas más que las que disfrutaban los habitantes de las naciones continentales entre sí. La abundante inmigración europea no ha sido sino una consecuencia de esa situación y los posibles abusos en contra de ella no justifican el derecho “de una potencia extraña para cambiar la forma de gobierno de aquella de quien exigen reparaciones. . .”²⁹ Los hechos inducen velozmente a una

²⁸ *El Pueblo*, 22 de marzo de 1862.

²⁹ *La Prensa Oriental*, 22 de marzo de 1862.

comprobación amarga: "El derecho de gentes de las grandes potencias contra las pequeñas, está en las puntas de las bayoneta de las primeras", y "estamos atravesando una época en que a cada paso se invoca el Derecho, cuando es la Fuerza la que domina!" Esas verdades son tanto más sentidas, cuanto el pequeño país del Plata está por sufrirlas en carne, propia. Por ese entonces Francia e Inglaterra amenazaban con cobrarse a la fuerza una deuda contraída por Uruguay durante la Guerra Grande. Es evidente que la hermandad de situaciones excita la pluma de los periodistas cuando escriben las frases anteriores.

Pero no es toda Europa la que sufre las invectivas del sentimiento americano ofendido. La élite culta del puerto europeizado reniega de la Francia que subyuga, pero con el mismo empeño que se da a esa tarea, se aferra a la Francia liberal. Los discursos de Jules Favre, traducidos textualmente, ocupan columnas enteras de los periódicos y los editoriales se llenan de disculpas para el sector liberal de la opinión francesa, en el que se continúa buscando respaldo e inspiración.

...afortunadamente el sentimiento público de la noble Francia, es el primero en reprobar una política que no es la suya, y unos planes que sólo caben en la cabeza de la caduca diplomacia.

El sentimiento de la juventud oriental responde pues, al sentimiento de la Francia ilustrada, liberal y progresista del siglo XIX.³⁰

Incluso el vocero oficial de los católicos expresa fe en esa Francia progresista a que todos apelan; pero para la opinión católica republicana el problema es más serio; no basta con invocar al sector liberal francés, pues hay que conciliar a la Francia protectora de los Estados Pontificios con la que está asesinando a la independencia mexicana. Ante la incongruencia de fondo, sólo queda emitir una afirmación esperanzada:

El *Globe* y otras hojas inglesas no vacilan en decir que la Francia quiere hacer de México una Argelia del este.

³⁰ *La República*, 5 de agosto de 1862.

Nosotros no lo pensamos, porque la Francia lucha para emancipar y no para esclavizar; porque éste no es el siglo de las conquistas; hoy renacen las nacionalidades y México tiene tanto derecho a su autonomía como cualquier otro pueblo, si no más.³¹

La fe reiterada en el pueblo francés llega a su culminación durante la resistencia de Puebla; pululan entonces los comentarios acerca de la oscuridad en que pretende mantener Napoleón todo lo referente a la expedición a México para no provocar “una intensa reacción en Francia, sensible a la injusticia”. Y en los editoriales en que se exalta el heroísmo de la ciudad sitiada, se ve el mismo triunfo de la Francia liberal.

La resistencia de Puebla . . . es en Europa la más completa satisfacción de las patrióticas previsiones del diputado republicano Julio Favre, y en cierto modo un triunfo de la Francia del 93, del 30 y del 48 contra la Francia Imperial, que ve paralizadas sus legiones, vencedoras en todas partes, ante los débiles muros de Zaragoza, y que hoy ve detenerse a los vencedores de Crimea y Soferino ante los muros de la invicta Puebla.³²

Mientras expresiones como esas se multiplicaban en la totalidad de la prensa uruguaya, ¿qué opinaba la colonia francesa en el Uruguay? *L'Observateur française*, semanario que ostenta poiciones muy nacionalistas, trata de levantar los cargos que se hacen a Francia en el resto de la prensa; acusa a Jules Favre de “anti-nacionalista” y apela a la “salvación” que está operando Francia frente a la expansión sajona en América, para hacer simpática la intervención a los ojos de ésta. Pero poco resultado parece haber logrado, pues esas manifestaciones y las del presbítero Estrázulas, ya mencionados antes, son las únicas a favor de la posición imperialista que se dejaron oír claramente, por lo menos en lo que se puede captar a través de la prensa.

Más arriba hicimos referencia a la refutación que realiza la

³¹ *La Revista Católica*, 3 de julio de 1862.

³² *El Siglo*, 14 de julio de 1863.

prensa montevideana de todos los argumentos que pretenden justificar la intervención en México. Todos aquellos hechos fueron barajados como causas coadyuvantes para que se produjese la aventura europea. ¿Caló más profundo el periodismo montevideano en cuanto a desentrañar las causas del episodio? Una lectura cuidadosa de los principales periódicos induce a pensar que no; o por lo menos, que si alguien enfocó la cuestión con una visión de más largo alcance, la versión resultante no obtuvo el favor de la opinión mayoritariamente expresada en la prensa. Hubo preferencia marcada por las explicaciones de orden político, como las que ya hemos tratado. Pero no faltan alusiones a causas de tipo socio-económico, que sin embargo son apenas soslayadas, como si no merecieran la atención más cuidadosa. La cuestión de los créditos Jecker fue objeto de polémica entre dos periódicos; uno de ellos era acusado de parcialidad imperialista al recortar la exposición sobre el tema realizada por el diputado Favre, “negando a los lectores lo más interesante”; pero el problema se detiene ahí y en ningún momento aparece un buen análisis sobre la importancia de los créditos Jecker en la intervención. En otras oportunidades, comentan fugazmente la posibilidad de que Francia quiera favorecer “la inmigración y el comercio europeos en América abusando de la fuerza”; pero este tipo de explicaciones no eran las más convincentes; lo prueba el hecho de que un periódico publicó como “nota curiosa” una carta de Juan Bautista Alberdi, en la cual el clarividente pensador argentino hace un juicio sobre las causales económicas de la intervención europea:

Ya no es dudoso que los gobiernos de Europa han decidido ejercer su acción combinada y enérgica en los negocios de América, para poner fin a nuestras guerras civiles que tanto dañan a los intereses generales. Una formidable expedición para México, que ya partió de Europa hace algunos días, es el primer resultado de ese plan.

En el mismo escrito, este autor reconoce que la prensa inglesa...

... gran preparadora de la opinión pública para esas campañas... a menudo se inspira en los cálculos interesados

de su comercio y de sus capitalistas, entre los cuales cuenta Buenos Aires con un ejército.³³

Pero Alberdi, jefe del federalismo derrotado por Mitre (éste con un importante ascendiente entre la prensa liberal montevideana), no está en las mejores condiciones para que su opinión sea atendida. Y la misma élite culta que escribe ardientes editoriales contra el empleo de la fuerza europea en México, disfruta de las jugosas rentas que le deja su papel de intermediaria entre la economía colonial y aquella Europa capitalista que Alberdi pone al descubierto. De ahí que, en la pluma de los periodistas locales, la crudeza de que aquél hace gala aparezca muy limada: “La preponderancia fecunda en buenos resultados que la Europa puede ejercer en los destinos de la América, nunca deberá áejercerse con el empleo desacertado de la fuerza. Ésta sólo acarreará profundos odios de raza, que en el primer desequilibrio de la nación que echó mano de ella, estallarán con iracundo desenfreno sobre sus nacionales”.³⁴

En cuanto a las causas de la guerra civil en México, ellas fueron bien comprendidas y divulgadas por la prensa liberal y masónica. La cuestión mexicana alimenta su anticlericalismo creciente. Ya vimos antes cómo algunos periódicos veían en los planes monárquicos para México una conspiración jesuítica. Son ellos mismos los que publican durante varios números la versión completa de un extenso trabajo del periodista francés Emilio Mangel du Mesnil, aparecido como primicia en “La Revolución” de México, cuyo título es: “Primer ataque al poder temporal del clero de la República Mexicana”.³⁵ El argumento más fuerte usado por los publicistas anticlericales, es la riqueza del clero, “que hacía casi imposible el equilibrio en el orden industrial”. Y en cuanto a la responsabilidad del clero en la erección del Imperio, se expresa:

³³ *La Prensa Oriental*, 23 de febrero de 1862. Transcripción de El “Nacional” de B. A.

³⁴ *La República*, 22 de marzo de 1862.

³⁵ *La Prensa Oriental*, 22 de septiembre de 1862.

¿Qué significa Maximiliano en México? Su significación no puede ser otra que el odio del clero contra los liberales, que le tomaron las propiedades inmensas que tan sin costa y con tan malas artes había adquirido, y que lo hacían acaso el clero más rico de todas las naciones de la tierra.³⁶

Antes vimos cómo en la única oportunidad en que un periódico realiza una interpretación clasista de la guerra civil, lo hace a propósito de la alianza de “algunos ricos” mexicanos con el clero ultramontano de aquel país.

NUEVA VISIÓN DE MÉXICO A TRAVÉS DE LA RESISTENCIA

En la época de los nacionalismos, los periódicos que seguían fielmente la trayectoria de Garibaldi y sus trabajos por la concreción de la nacionalidad italiana,³⁷ no podían dejar de captar el significado exacto que tuvo la guerra nacional contra el extranjero en que desembocó la intervención. En oportunidad de la batalla de Puebla, la imagen de una República Mexicana “próxima a ser borrada del catálogo de las naciones por su desorganización interior” ya está plenamente superada. El reagrupamiento de fuerzas en torno a la República que opera la lucha por la independencia, prueba la vitalidad de la nación mexicana, que parecía próxima a disolverse; y a ojos de los observadores extranjeros, obra como factor de regeneración y cohesión nacional.

El periodismo montevideano distingue claramente entre la guerra civil, en la que los pueblos no pueden encontrar “ni alimentos para las grandes pasiones, ni motivos para grandes rencores” y la guerra extranjera “que termina por la conquista, la imposición a la opresión, pues ella echa raíces en el corazón de los pueblos que sólo puede desarrollar la mano generosa de un liberación”.³⁸ Y ante la inminencia de la caída de Puebla, exalta el resurgimiento mexicano:

³⁶ *La Tribuna*, 9 de abril de 1865.

³⁷ Garibaldi fue figura muy popular en el Río de la Plata, pues intervino en la Guerra Grande junto al partido antirrosista.

³⁸ *El Siglo*, 3 de mayo de 1863.

...Puebla caerá tarde o temprano, y México también, pero lo que importaba saber era simplemente si ese pueblo americano postrado y enervado por las discordias civiles, se retemplaría en el momento supremo de luchar por su independencia.

No hay derecho ya para desesperar del porvenir de México, porque a la hora que es ha probado ya que la anarquía y las miserias de ayer no han corrompido todavía el corazón de ese pueblo, y el amor a la patria lo ha dominado y retemplado su espíritu a la altura del más noble y más valeroso pueblo de la tierra...³⁹

Cuando se confirma la noticia de la caída de Puebla, el mismo articulista exclama: "¡La resistencia de México es el triunfo!" y escribe un largo editorial en que desarrolla la idea anterior. Los pueblos que se someten sin resistir, encuentran luego muchas dificultades para rechazar la opresión, pero...

el pueblo que quiebra sus armas en el pecho de sus opresores, y que sólo cede al bárbaro poder de la fuerza, ese no siente, ni enervado el brazo, ni quebrantada la fe, no sometida la conciencia; ese pueblo se rinde pero no se prostituye; desaparecen los signos exteriores de su soberanía y su nacionalidad, pero se conservan imperecederos en sus esperanzas, en la vida interior del alma que no transije con el enemigo y que se robustece en la opresión.⁴⁰

El planteo cala más profundo cuando se trata de ver en la resistencia de México la fuerza del liberalismo en lucha contra el ultramontanismo jesuítico; "precisamente porque a la par que lucha contra el extranjero realiza una revolución liberal, es que es vigorosa esa resistencia y se levanta de su postración el pueblo mexicano".⁴¹ El romanticismo político de los liberales montevideanos ya no volvió a encontrar en los sucesos mexicanos otro hecho inspirador del fuste de la defensa de Puebla.

Mientras de la pluma de los periodistas surgía un México

³⁹ *El Siglo*, 14 de julio de 1863.

⁴⁰ *Ibid.*, 27 de julio de 1863.

⁴¹ *Ibid.*, 31 de julio de 1863.

redimido de todos sus pasados vicios por la lucha libertadora, la popularidad de la causa alcanzaba sus niveles más amplios, a través de la manifiesta admiración del pueblo por los defensores de Puebla. Los periódicos se hacen eco de las iniciativas populares para enviar espadas y medallas primero a Zaragoza, luego a Ortega. El diario de mayor tiraje ofrece a la curiosidad de los lectores un retrato de Ortega que los interesados deben pasar a ver a la redacción; se publica una larguísima descripción de Puebla, pues “se desea conocer la fisonomía de una ciudad que ha luchado, como se desea conocer la fisonomía de los héroes”. Con el mismo fervor que se reverencia a los héroes, se repudia a los traidores. Almonte es el “nuevo Caín aliado a los franceses”. Especulando sobre las consecuencias de la caída de Puebla, el cronista opina que lo peor que puede ofrecer Napoleón a México es el gobierno de “los Márquez y los Almontes”, porque “es la mayor afrenta que puede hacerse a un pueblo imponerle sus traidores”.

Si bien los héroes de Puebla recogen el mayor caudal de calor popular, Juárez es la figura que concita los juicios más profundos. Con una claridad impuesta por la perspectiva que da la lejanía, la prensa liberal captó que Juárez era la República y la nación mexicana. Sin embargo, para él, el momento de máxima popularidad fue también el del más severo juicio. La pequeña burguesía portuaria se estremeció de horror cuando las ejecuciones de Querétaro pusieron dramático fin a la aventura mexicana de Maximiliano y Carlota, cuyas figuras indudablemente románticas encajaban tan bien en la sensibilidad folletinesca de aquélla. Dice *El Siglo*:

Unánime fue el sentimiento de indignación en ambas orillas del Plata, y la protesta ha sido tanto más solemne cuanto que ha nacido de corazones republicanos que veían con satisfacción la caída del Imperio, pero que se estremecieron de horror al ver levantar los cadalsos...

¡Qué pobre política es la que por su espíritu sanguinario hace de un hombre caído un héroe de la humanidad!⁴²

⁴² *Ibid.*, 13 de agosto de 1867.

Pero pronto aparece una mente fría que analiza Querétaro desde otro punto de vista. Sólo ocho días después del editorial anterior, el mismo periódico publica un extenso artículo firmado, titulado "El crimen y la pena", en que el autor, si bien opina que hubiera sido más acertado conmutar la pena de muerte por la de trabajos forzados, pues es mejor "para escaermiento de aventureros ambiciosos y engrandecimiento de la democracia, hacer a un emperador empedrar las calles y limpiar las cloacas, que acordarle la dignidad del patíbulo y la simpatía de la tragedia ... enalteciendo el principio de la inviolabilidad de la vida y echando la corona de los reyes a la basura"; si bien hubiera preferido esa solución de más "austero republicanismo", encuentra que la sentencia fue perfectamente justa; realiza un prolijo examen de todas las culpas en que había incurrido Maximiliano, no reconociéndole siquiera la excusa del delito político, ya que "cuatro traidores apoyados por treinta mil bayonetas extranjeras, no son jamás un partido de un pueblo".⁴³

Más adelante, el mismo periódico publica otro extenso artículo de un rioplatense en París, el cual después de hacer un alegato en favor de Juárez, culmina su discurso con un extenso juicio sobre su obra y personalidad, que al fin de cuentas no hace más que resumir todos los méritos reconocidos anteriormente por la misma prensa que en esos momentos le reprochaba violentamente Querétaro.

Y Juárez, ese hombre que ha luchado con todos los elementos, que ha mantenido siempre en alto la bandera de la República; que ha alejado la sombra de la monarquía de los horizontes de América; que ha reconquistado la causa de nuestra independencia por la cual se sacrificaron tantos mártires; que contra el fanatismo, ha salvado la conciencia libre; contra la tasa y la amortización, los principios económicos de la ciencia; contra el clero, las bases de la democracia moderna; contra la intervención extranjera, la patria; y que rodeado de la peste y del hambre y de la miseria, con la indisciplina dentro de sus mismas

⁴³ *El Siglo*, 21 de agosto de 1867.

filas, con la Europa entera frente por frente de sus gloriosas enseñas; con una tierra calcinada y estéril bajo sus pies; sin más luz que su idea, sin más fuerza que su fe; ese hombre que todo lo ha vencido y todo lo ha arrollado, sin abandonar un minuto el suelo querido de la patria para que siempre estuviese viva la protesta contra la usurpación; ese hombre se levantará al lado de Washington, de Bolívar, de San Martín y de Lincoln en el panteón de nuestros héroes, y un Plutarco americano, dirá a nuestros hijos, enseñándoles la vida inmortal de Juárez. HE AHÍ CÓMO SE SALVAN LAS REPÚBLICAS.⁴⁴

AMERICANISMO Y UNIVERSALISMO LIBERAL A PROPÓSITO DE MÉXICO

... a los solos rumores de que la expedición hispano-franco-inglesa, lleva por objeto a México establecer la monarquía, la América toda antes española, se ha conmovido, desde el Istmo de Panamá al Cabo de Hornos, desde las orillas del Atlántico hasta el Pacífico. Un terremoto que hubiese partido desde las entrañas del Chimborazo y hubiese estremecido toda su superficie seguramente no habría causado una impresión tan profunda en los corazones, ni hubiera sublevado los ánimos hasta el punto en que hoy se encuentran.

Es preciso leer los periódicos de todas las repúblicas de Sudamérica, es preciso entrar en el seno de las familias para poder apreciar por los artículos de aquéllas y por las conversaciones de éstas, el estado de agitación y la sorpresa que ha producido una simple noticia...⁴⁵

El trozo anterior es uno de los tantos que en la prensa montevideana de la época traduce la inquietud americanista que sacude al país; a través de él, se percibe el eco de la repercusión continental de la intervención europea en México. Las expresiones "América Hispana", "América Latina", son frecuentes ya por esos años, en que la sensibilidad americanista parece

⁴⁴ *Ibid.*, 15 de septiembre de 1867.

⁴⁵ *La Nación*, 24 de marzo de 1862.

fortalcerse ante la ofensiva europea y de la América sajona: intervención yanqui en Centroamérica, anexión por España de Santo Domingo, agresión española a los países del Pacífico Sur que culmina con el bombardeo de Valparaíso, reclamaciones constantes de Francia e Inglaterra, apoyadas por sus escuadras de guerra. Es el clima creado por los sucesos anteriores el que explica la entidad de la reacción popular con motivo de la intervención francesa en México. Los periódicos, ante la iniciativa de un grupo de jóvenes orientales para homenajear a Zaragoza y a Ortega, ven en el hecho un tributo "a la idea de Independencia Americana". Juárez pasa a ser "el ilustre patriota que con tanta fe mantiene levantado en México el estandarte de la república y de la patria, que simboliza el patriotismo y el republicanismo de todo el continente americano"; la caída de Puebla significa "el triunfo de la causa americana"; se llama la atención sobre la necesidad de responder a la liga conquistadora con otra que defienda la independencia de América Latina; se publican noticias frecuentes acerca de ligas similares integradas en otros puntos del continente.

La crítica situación de México suscita la reflexión sobre la problemática latinoamericana. *La Revista Católica*, ante lo reiterado de las agresiones, propone un plan de acción continental que facilite a las jóvenes repúblicas la superación de la azarosa época en que se encuentran. La vastedad y detalle del plan justifican que se lo trate con algún detenimiento, no obstante ser un caso aislado en la prensa uruguaya del momento. En concreto, se propone realizar una gran confederación con las repúblicas de América Latina, a fin de "unir esfuerzos y recursos y presentarse ante el mundo bajo una forma más respetable". Aconseja, para llevar a la práctica la idea, la reunión en "París, Londres o Bruselas" (*sic*) de un congreso de ministros de todas las repúblicas que pusieran las bases de la futura unión, fijando, entre otros puntos, los siguientes: reunión anual de una dieta latinoamericana; la nacionalidad de los hijos de todos esos estados, que deberían ser considerados como ciudadanos de una patria común; la fijación de un contingente de tropas y recursos para la común defensa; el establecimiento

de un tribunal que decidiera amigablemente acerca de las cuestiones que se suscitaran entre dos o más repúblicas confederadas y que llegado el caso, hiciera ejecutar sus sentencias por medio de la fuerza; la adopción de un principio fijo en materia de límites territoriales; la creación de una especie de "zollverein" latinoamericano, "más liberal que el alemán".⁴⁶

El plan propone ni más ni menos que la creación de la "nación latinoamericana", siguiendo la idea de Bolívar. Pero entre aquélla y 1862, median varias décadas de balcanización latinoamericana rubricada por la expansión capitalista europea. El plan lo reconoce ingenuamente; ya no es Panamá la sede pensada para el congreso de los ministros, sino "París, Londres o Bruselas".

A pesar de la exaltación del americanismo que se vive con motivo del problema mexicano, los liberales se cuidan muy bien de que éste no derive en anti-europeísmo y se preocupan en todo momento de evidenciar la universalidad de los principios que se están jugando en México. Los planteos que se basan en la contraposición de intereses americanos y europeos casi no aparecen y cuando ello ocurre, siempre se hace oír la voz de un "principista auténtico" que pone las cosas en su sitio. Para ilustrar, basta el ejemplo siguiente:

La patria de los principios y de las grandes ideas no es la Europa, no es la América, no es el Asia, no es el Africa, no es la Oceanía: la patria de los grandes principios es el Universo.

Los hombres de toda la tierra son hermanos: los partidarios de la libertad, en todos los puntos del globo, son coreligionarios.

La teoría, pues, que inventó el americanismo como un elemento antagonista de la Europa, es una teoría retrógrada, inadmisibile ante la democracia que hace de los hombres ciudadanos del Universo.

El localismo no es un principio, sino la limitación y el encadenamiento de los principios a cierto territorio.

A los ojos de la libertad, México vale tanto como Polonia, y como Hungría y como Roma.⁴⁷

⁴⁶ *La Revista Católica*, 10 de abril de 1862.

⁴⁷ *La República*, 22 de noviembre de 1962.

El argumento se repite con frecuencia y a propósito de muchos temas. Los periódicos masones lo utilizan para combatir al “poder teocrático”. Cuando Emilio Mangel du Mesnil publica su artículo sobre el poder temporal del clero en México en *La Prensa Oriental* de Montevideo, lo precede de una introducción en la que expresa: “He prestado mis servicios en México, no para México sino a la causa de la humanidad...”⁴⁸

La unanimidad de la reacción favorable a México que se percibe en la prensa uruguaya, la simpatía con que se trata de penetrar la intimidad de la nación hermana —al punto de que la desdibujada imagen que por estas latitudes se tenía de aquélla es sustituida por otra de contornos mucho más definidos—, son hechos que despiertan la sensación de una solidaridad profunda y auténticamente vivida. Pero ciertos aspectos en el comportamiento de los conductores de la prensa respecto a la propia circunstancia histórica uruguaya y rioplatense, impone un análisis más profundo de aquella solidaridad teñida con la romántica exaltación del siglo.

La condena de la intervención en México se hizo en nombre de los más puros y universales principios del liberalismo, cuya quiebra en la Europa interventora percibieron y condenaron los liberales criollos. Pero paradójicamente, mientras la élite culta uruguaya observaba la inconsecuencia principista de la Europa liberal, una actitud semejante se gestaba en sus propias filas. La guerra del Paraguay fue para el liberalismo criollo, lo mismo que México para Napoleón III. El Uruguay de 1865, con un gobierno producto de una revolución contra el poder legítimo, integra la triple alianza contra Paraguay, sin esgrimir ninguna reivindicación propia en la guerra. Jugó el papel de simple corifeo de los intereses británicos, argentinos y brasileños, mezclándose en un conflicto tremendamente impopular en

⁴⁸ *La Prensa Oriental*, 22 de septiembre de 1862.

⁴⁹ La guerra de la Triple Alianza surgió de la conjunción de intereses argentinos, brasileños y británicos en contra del Paraguay. Este país, aislado de la política rioplatense desde que nació a la vida independiente y cerrados sus mercados a los productos extranjeros, estaba desarro-

ambas márgenes del Plata.⁴⁹ Pero naturalmente, pronto surgieron los argumentos para justificar la participación y el atentado contra el país hermano. Carlos Solano López es déspota y agresor. El esquema de “civilización y barbarie” sirve una vez más para santificar la guerra y gran parte del Montevideo burgués y doctoral se alinea junto a la burguesía de Buenos Aires contra Paraguay. Y se justifica contra este país la intervención armada que se había condenado contra México.

De tal manera, la intervención en Paraguay se convierte en la piedra de toque para medir la profundidad del principismo

lizando sus recursos al punto de ir a la cabeza del proceso de modernización americana. El capital británico, ansioso por abrir un mercado que hasta ese momento había permanecido cerrado, se alió a las burguesías portuarias de Buenos Aires y Montevideo y presionó a través de Brasil, aliado secular de los ingleses, para romper el esquivo aislamiento del Paraguay. Argentina y Brasil, sin perjuicio de actuar como apoderados de los ingleses uniéndose para consagrar la destrucción de una independencia económica que molestaba a los comerciantes de Manchester y Liverpool, persiguen además sus propios fines. Los acontecimientos se tejieron de tal modo, que el Paraguay pareció agresor cuando toda la conspiración estaba ya fraguada en su contra. Juan Bautista Alberdi dejó un magnífico análisis e interpretación de las causales de la guerra en que se perciben con claridad meridiana todos los aspectos de la gestación complicada del conflicto, que se inició con una invasión brasileña al Uruguay. Sobre la misma, dice Alberdi (*Historia de la guerra del Paraguay*, Ed. de la Patria Grande, Buenos Aires, 1962, p. 55): “Montevideo es al Paraguay por su posición geográfica lo que el Paraguay es al interior del Brasil: la llave de la comunicación con el mundo exterior. Tan sujetos están los destinos del Paraguay a los de la Banda Oriental, que el día que el Brasil llegue a hacerse dueño de ese país, el Paraguay podrá considerarse colonia brasileña, aun conservando su independencia nominal. Ocupado Montevideo por el Brasil, la República del Paraguay vendría a quedar, de hecho, en medio de los dominios del Imperio. He aquí por qué el Paraguay se ha visto y ha debido haberse visto amenazado en su propia independencia por la invasión de Brasil a la Banda Oriental.

Ha hecho suya propia la causa de la independencia oriental “porque lo es” en efecto y su actitud de guerra contra el Brasil es “esencialmente defensiva” aunque las necesidades de la estrategia le hagan salir de sus fronteras”.

liberal del grupo culto que comandaba la prensa y la política uruguaya en la década de los sesenta.

México estaba lejos, no había vínculos directos que comprometieran a la oligarquía gobernante con una determinada conducta política. En ese caso podían desplegarse los principios en toda su plenitud universalista. Pero el Paraguay estaba cerca, los estados del ámbito rioplatense, mezclando sus políticas, desmentían a diario una independencia que no había alcanzado a borrar la comunión de la etapa colonial. Y en esa trama de complicados hilos sabiamente manejados por la diplomacia británica, naufragó el “no intervencionismo” del grupo dirigente.

Frente a ese hecho, hubo un pequeño periódico uruguayo que percibió la ambivalencia en la actitud de los que se declaraban acendrados principistas. Un grupo de jóvenes orientales edita un periódico con el exclusivo fin de luchar contra aquellos que trabajan por la “pérdida de la nacionalidad oriental”, es decir, los que llaman al Imperio del Brasil para intervenir en los asuntos privados de la República. Los artículos que publican abundan en comparaciones de la situación uruguaya y paraguaya con la de los países del Pacífico atacados por España, y naturalmente la de México.

El emperador Napoleón III ha trocado en Imperio la República mexicana tan gloriosa en sus días de victoria como en su martirio.

La España, engañando al mundo con una expedición científica, manda a las aguas del Pacífico al pirata Pinzón y consume el segundo atentado contra la independencia americana, apoderándose de las Islas Chincha. El Imperio del Brasil, que no quiere ser menos que sus cómplices los monarcas del viejo mundo, explota en su provecho las dimensiones internas de la República Oriental para hacer desaparecer, por la absorción, otra nacionalidad americana. Napoleón tuvo en México a Almonte, Santa Ana, Miramón, Márques, etc. . . , que le abrieron el paso de la conquista; la República Oriental tiene también sus almontes que sirven de vanguardia a las añejas pretensiones del Imperio. . . .⁵⁰

⁵⁰ *Artigas*, 24 de agosto de 1864.

Y sobre la gestación de la Triple Alianza contra el Paraguay, agregan los mismos periodistas:

Mitre y su colega coronado (Brasil) no han de ser bastante osados para arrostrar la inmensa responsabilidad que les cabría por un atropello al derecho, sólo comparable con el de México e Islas Chincha.

Las voces que así hablaron pronto fueron acalladas, pues sólo los periódicos oficialistas conservaron el privilegio de llegar a los lectores. Pero bastan como testigos de que en Uruguay había un sector de opinión consciente de las tremendas limitaciones que ostentaba el principismo criollo.

El origen de esas limitaciones, o sea la estrecha alianza entre la clase culta terrateniente y mercantil y la burguesía europea, es confesado por los propios protagonistas. En 1862 un periódico uruguayo transcribe la respuesta del ministro argentino Elizalde al gobierno del Perú, en la cual aquél rechaza una invitación para firmar un tratado continental americano contra las agresiones europeas. En el comentario que antecede al documento, el periodista uruguayo se solidariza con los argumentos del ministro mitrista y vierte algunos conceptos propios sobre el problema:

La guerra de razas y conquistas supone civilizaciones inconciliables. Y ese antagonismo no existe entre la Europa y la América. Nosotros, europeos de casta y civilización, somos los dueños de América. Fraternalizamos con el europeo, que utiliza a la par del americano de todos los elementos de prosperidad y riqueza que hay en el suelo.

La Europa busca mercados para sus productos, campo para su comercio, retornos para su industria, y eso lo tiene. . .⁵¹

La realidad, pues, es la simbiosis de los grupos dominantes europeos con sus portavoces coloniales. Por eso, aunque la ideología liberal del grupo dominante le inspire sentidos editoriales

⁵¹ *La República*, 20 de noviembre de 1862.

a propósito de la intervención francesa en el lejano México, cuando está en juego su interés de clase éste le dicta una actuación contradictoria con los principios pregonados; ahí reside la clave del destino histórico, si se quiere trágico, de nuestras oligarquías coloniales: vivieron, simultáneamente, lo mejor y lo peor que puede otorgar la dependencia. Adoptaron lo más selecto de los patrones culturales que podía ofrecer Europa y vivieron esa cultura con la misma pasión que sus creadores originales; pero con demasiada frecuencia, a la hora de la acción, se pasearon sobre las ruinas de los principios que habían reverenciado en un altar.